

El olvido (el tiempo y la memoria) en un verso del “Otro poema de los dones”, de Jorge Luis Borges

Dulce Isabel Aguirre Barrera²⁹

RESUMEN

El presente artículo analiza el tema del olvido no sólo en relación al “Otro poema de los dones”, sino, en la búsqueda de un acercamiento más preciso a la(s) posible(s) significación(es) del mismo, explora la concepción y tratamiento del tema en varios textos borgeanos, así como las concepciones y perspectivas sobre otros dos temas que están indiscutiblemente ligados al del olvido: la memoria y, más extensivamente, el tiempo.

Palabras clave: Jorge Luis Borges, poesía, olvido, tiempo, memoria.

Abstract

The present article analyzes the subject of oblivion, not only in relation with the “Otro poema de los dones” but, in search of a more precise approach to the possible meanings of it, explores the conception and treatment of this subject in several borgean texts, and also the conceptions and perspectives about other two subjects that are doubtless linked to that of oblivion: memory and, more extensively, time.

Key words: Jorge Luis Borges, poetry, oblivion, time, memory.

Gracias quiero dar al divino

laberinto de los efectos y de las causas

²⁹Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas. Maestría en Historia del Arte (próxima titulación a mediados de 2010). Universidad Nacional Autónoma de México Casilla electrónica: isapalabra@hotmail.com

[...]

por el olvido, que anula o modifica el pasado,

[...].

(Borges, apud. <http://www-personal.umich.edu/~jlawler/dones.html>)

El verso cuya interpretación es el punto de partida de este trabajo es aquel del “Otro poema de los dones” en el que Borges agradece “por el olvido, que anula o modifica el pasado”. De acuerdo con Alan Pauls, en los textos de Borges el lector es una de las piezas clave del sentido o sentidos que pueden interpretarse, es “el gran agente contextual de Borges en la medida en que <<abre>> el sentido a *todas* las fuerzas que lo producen, lo afectan, lo determinan” (2004: 127). Si leer, como apunta Pauls, “es siempre restituir o inventar contextos” (*ibid.: loc. cit*) -pues, como bien dice Umberto Eco, la literatura pide al lector que “colabore” con el texto “rellenando una serie de espacios vacíos” (1997: 11)-, la significación del verso aludido puede pensarse en términos no de una interpretación única y “verdadera”, sino de un abanico de posibilidades que amplíen su comprensión.

El tiempo y el olvido en algunos textos de Borges, manifestaciones de la caducidad y de la muerte. La memoria como expresión del anhelo de eternidad.

El tema del olvido remite directamente a uno de los temas fundamentales de Borges: el tiempo. En varios de sus textos, se encuentra una actitud “nostálgica” en referencia al mismo. A decir de Guillermo Sucre, la experiencia que el tiempo le “impone” a Borges, es la de “una dispersión que va gastando progresivamente su unidad, su propio ser” (1967: 100), pues “verse transcurrir es verse morir ineluctablemente” (*ibid.:* 90). Otro autor, Alicia Jurado, habla también sobre “la idea de la caducidad [y] la impermanencia” (1997: 106) que permean la escritura borgeana. Es decir, el tiempo, para Borges es, generalmente, la manifestación de esa ineludible sucesión en que la vida y el hombre se desgastan y se acercan inexorablemente a la pérdida

progresiva que desemboca en la muerte, como lo muestran los siguientes fragmentos extraídos de varios textos suyos:

“Nuestra conciencia está continuamente pasando de un estado a otro y éste es el tiempo: la sucesión. (apud. Mejía, 1996: 163)

“El problema del tiempo es [...] el problema de lo fugitivo: el tiempo pasa.” (ibid.: loc. cit.)

“Todo, entre los mortales, tiene el valor de lo irrecuperable y de lo azaroso.” (ibid.: 119)

“[...] la sucesión es una intolerable miseria y [...] los apetitos magnánimos codician todos los minutos del tiempo y toda la variedad del espacio.” (“Historia de la eternidad”, 2004b: 38)

“La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Éstos conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan puede ser último.” (“El inmortal”, 1999a: 25)

Dentro de este transcurrir que es el tiempo, el olvido aparece (tanto en los cuentos como en los poemas borgeanos) como la otra cara de la memoria, esto es, como el símbolo de esa degradación y pérdida constantes que son la vida del hombre y de todas las cosas y seres que pueblan el mundo:

Hay una línea de Verlaine que no volveré a recordar,

[...]

la muerte me desgasta, incesante. (“Límites”, 1999b: 121)

Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro. (“Borges y yo”, *ibid.*: 62)

Si para todo hay término y hay tasa

y última vez y nunca más y olvido

¿Quién nos dirá de quién, en esta casa,

sin saberlo nos hemos despedido? (“Límites”, apud. Jurado, 1997: 166)

Hay, entre todas tus memorias, una
que se ha perdido irreparablemente [...].(*ibid.*: 168)

Y esto porque la memoria se dibuja en la literatura borgeana como la única posibilidad de una cierta “recuperación” y “preservación” a las que el hombre intenta acceder mediante el recuerdo, queriendo preservar, en el ejercicio de aquella facultad humana que es la remembranza, algo de ese todo (constituido por el mundo y por sí mismo, el ser del hombre) que continuamente se escurre entre las manos del tiempo, preservarlo en términos absolutos, sin la mengua de la degradación que el tiempo impone:

Más allá de nuestra muerte corporal queda nuestra memoria [...]. (apud. Mejía, 1996: 118)

Es sabido que la identidad personal reside en la memoria y que la anulación de esta facultad comporta la idiotez. Cabe pensar lo mismo del universo. “Historia de la eternidad”, 2004b: 38)

Así, la memoria es la expresión de una aspiración fundamental del hombre, el deseo de *posesión* del tiempo, lo que significa el anhelo de poseer absolutamente la esencia de sí mismo y del mundo, y que ésta no le sea arrebatada por la muerte. La memoria “simula” dicha posesión absoluta, o, más bien, se acerca a ella a través del recuerdo que resguarda los momentos en que el hombre se ha aproximado a la plenitud:

Qué importa el tiempo sucesivo si en él
hubo una plenitud, un éxtasis, una tarde. (apud. Sucre, 1967: 107)

Hasta aquí, la actitud de Borges respecto a estos tres temas imbricados, el tiempo, el olvido y la memoria, podría pensarse en términos de una aceptación “resignada” frente a la mutabilidad, la sucesión y la muerte que aquél conlleva, contra la cual el hombre se rebela mediante la memoria, si bien ésta tiene su límite en el olvido que no consigue preservar todo lo que quisiera, o tanto como quisiera hacerlo. Sin embargo, en “Nueva refutación del tiempo”, pareciera haber una postura contraria, pues allí Borges propone el presente como el único tiempo existente. En una primera lectura, esto implica una negación total de la concatenación sucesiva de los modos del tiempo (pasado, presente y futuro) y, por lo tanto, de la memoria y del olvido como formas de preservación o anulación del mismo. Ello significaría, también, la negación de la existencia del hombre y del mundo como algo que transcurre y se desgasta, esto es, que tiene historia:

Cada instante es autónomo. Ni [...] siquiera el olvido [puede] modificar el invulnerable pasado. (“Nueva refutación del tiempo”, 2005: 242)

[...] nosotros, que somos el minucioso presente. Me dicen que el presente, el specious present de los psicólogos, dura entre unos segundos y una minúscula fracción de segundo; eso dura la historia del universo. Mejor dicho, no hay esa historia, como no hay la vida de un hombre, ni siquiera una de sus noches; cada momento que vivimos existe, no su imaginario conjunto. (ibid.: loc. cit.)

Nuestro destino [...] no es espantoso por irreal; es espantoso, porque es irreversible y de hierro. (ibid: 256)

A mi parecer, y siguiendo la línea interpretativa de Emir Rodríguez Monegal sobre la literatura borgeana, se trata aquí, más que de una simple negación de la temporalidad, de la visión metafísica del tiempo que tiene Borges, aquella que “a la vez que niega el mundo, el tiempo y la identidad individual, los afirma paradójicamente” (1984: 91). Y esto porque, si bien las citas anteriores pueden entenderse bajo la perspectiva de una negación del tiempo lineal del hombre, de la memoria y del olvido, es posible leerlas también como la expresión de aquél anhelo del absoluto arriba mencionado. Hablar del presente como el único tiempo es hablar del anhelo de una memoria absoluta, de una existencia absoluta en donde no tengan cabida el

olvido ni el transcurso sucesivo de los instantes que implican la degradación progresiva y mortal del ser del mundo y del hombre. Una memoria y existencia infinitas, en donde todo es presente y nada se olvida, nada se pierde, donde, como dice Borges, “*el tiempo [no] existirá fuera de cada instante presente*” (“*Nueva refutación del tiempo*”, 2005: 252).

Bajo esa perspectiva, aquella refutación del tiempo significa, entonces, el postulado de una existencia del hombre en la que éste se encuentre en posesión de la eternidad, aquél atributo divino que Borges trata en muchos de sus textos y que es, en sus propias palabras, “*la simultánea y lúcida posesión de todos los instantes del tiempo*” (“El tiempo y J. W. Dunne”, *ibid.*: 35), el conocimiento absoluto e inmediato “*de todas las cosas que serán, que son y han sido en el universo*” (“La muerte y la brújula”, 2004a: 157).

De acuerdo con Rodríguez Monegal, el personaje de Ireneo Funes, del cuento “Funes el memorioso”, es la metáfora de una memoria infinita que sería como la posesión de la eternidad, pues el mundo de Funes, que es un mundo “*en el que no cabe el olvido*”, es, por tanto, “*un mundo inmóvil en que el tiempo ha sido abolido y sólo existe el presente, porque todo (gracias a la memoria infinita) es presente*” (Rodríguez, 1984: 92). La memoria de Funes es una forma de posesión de lo eterno que, aunque limitada (pues Funes no recuerda –esto es, no conoce- todo lo que ha sido, es y será, sino “solamente” *todo* lo que él ha visto ser, aquello con lo que ha tenido contacto), se encuentra mucho más cerca del absoluto que la memoria común de los hombres. Podría decirse que Funes posee un fragmento de la eternidad, una “pequeña eternidad”, la del mundo que contempla y del que nada pierde en el olvido puesto que vive en una “vigilia eterna”, en un “mundo del insomnio” (v. *ibid.*: loc. *cit.*) perpetuamente lúcido:

“Me dijo que antes de esa tarde lluviosa en que lo volteó el azulejo, él había sido lo que son todos los cristianos: un ciego, un sordo, un abombado, un desmemoriado. (Traté de recordarle su percepción exacta del tiempo, su memoria de nombres propios; no me hizo caso.) Diecinueve años había vivido como quien sueña: miraba sin ver, oía sin oír, se olvidaba de todo, de casi todo. Al caer, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan

nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales. Poco después averiguó que estaba tullido. El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles.” (Borges, “Funes el memorioso”, 2004a: 130)

“¿Gracias quiero dar [...] por el olvido...?”. La otra cara del olvido para Borges.

Sin embargo, más adelante en el propio cuento, encontramos lo que Rodríguez Monegal llama las “referencias [...] a la exasperada intuición del instante” que son comunes a muchos textos borgeanos, esa conciencia de “la dolorosa percepción del cambio” (1984: 93) que, en Funes, está potenciada y agudizada al máximo. Él es testigo, más que todos los hombres (y, por lo mismo, con un dolor mayor que el de ninguna memoria humana), de la degradación progresiva de todas las cosas y los seres, de su inevitable carrera hacia la muerte y la desaparición, y, también, sufre el vértigo humano frente al infinito que es esa realidad “infatigable” que su memoria le trae como condena:

“Funes discernía continuamente los tranquilos avances de la corrupción, de las caries, de la fatiga. Notaba los progresos de la muerte, de la humedad. Era el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso. Babilonia, Londres y Nueva York han abrumado con feroz esplendor la imaginación de los hombres; nadie, en sus torres populosas o en sus avenidas urgentes, ha sentido el calor y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche convergía sobre el infeliz Ireneo, en su pobre arrabal sudamericano. Le era muy difícil dormir. Dormir es distraerse del mundo [...].” (Borges, “Funes el memorioso”, 2004a: 135 y 135)

Funes, después de aquél accidente misterioso que lo deja tullido, recuerda más que ningún hombre, y esa facultad comprende inicialmente una alegría al ser un arma contra el olvido. A la vez, esa misma memoria infalible le impone la desgracia de una existencia que acaba por ser intolerable por dos razones: primero, por ser el testigo más consciente de los

progresos de la muerte; y, segundo, porque la multitud de recuerdos que en él se acumulan llega a ser demasiado para una mente humana:

En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado. Resolvió reducir cada una de sus jornadas pretéritas a unos setenta mil recuerdos, que definiría luego por cifras. Lo disuadieron dos consideraciones: la conciencia de que la tarea era interminable, la conciencia de que era inútil. Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado aún de clasificar todos los recuerdos de la niñez. (*ibid.*: 133)

La frustración que experimenta Funes es similar a la del protagonista de “El Aleph” quien, luego de la contemplación de la esfera sagrada (que no es otra cosa sino la eternidad “contenida” en ese objeto material), tras haber “poseído” la eternidad durante el instante en que la mira, siente un terror que se acerca al vértigo de Funes, el de haber visto “demasiado”. Para Funes, la memoria vuelve la realidad intolerable porque no hay tregua ni descanso en su percepción; para el protagonista de “El Aleph”, el vértigo consiste en el miedo a perder la capacidad de sorprenderse después que lo ha visto todo, y, a vivir condenado a una sensación de eterno retorno de todas las situaciones, las cosas y los seres:

“En la calle, en las escaleras de Constitución, en el subterráneo, me parecieron familiares todas las caras. Temí que no quedara una sola cosa capaz de sorprenderme, temí que no me abandonara jamás la impresión de volver. Felizmente, al cabo de unas noches de insomnio, me trabajó otra vez el olvido.” (“El Aleph”, 1999a: 195)

En esta última frase, así como en la exasperación del personaje de Funes, se encuentra una actitud frente al olvido (y, por lo tanto, frente al tiempo) que parece ser contraria al deseo borgeano de eternidad del que se ha hablado aquí, pues ambos personajes buscan (o desean) el olvido (el paso del tiempo con sus progresivas pérdidas) frente a una realidad que les resulta insoportable. Sin embargo, considero que se trata, más que de una negación de las ideas ya

mencionadas, de la reflexión complementaria que completa la filosofía de Borges sobre los temas aquí tratados, esto es, aquélla sobre lo “positivo” que tienen o pueden tener el tiempo (el transcurrir que progresivamente desgasta) y el olvido (la pérdida de la memoria) aún dentro de su calidad trágica. Así, en el “Otro poema de los dones”, uno de los versos agradece “por el olvido, que anula o modifica el pasado”³⁰, y esta sentencia debe entenderse a la luz de esa posibilidad del olvido que es (o sería, al menos) preferible frente a ciertas situaciones, por ejemplo, en el caso de los personajes de estos dos cuentos, para quienes un conocimiento excesivo de la realidad (aquella “intuición exasperada del instante” a la que refería Rodríguez Monegal) resulta intolerable.

El olvido, entonces, aunque manifiesta la degradación que es el tiempo, permite, como lo dice el verso mencionado, anular lo que la memoria no soporta guardar dentro de sí, “los días que uno espera olvidar” (apud Sucre, 1967: 107), como el mismo Borges apunta en otro de sus poemas. Dentro de estos recuerdos que el hombre rechaza, se encuentran, por una parte, aquellos instantes de extrema lucidez de los que son metáforas tanto Funes como el protagonista de “El Aleph”. Pero, también, todas aquellas experiencias terribles y desagradables, como lo ejemplifica el protagonista de otro cuento de sus cuentos, “El Inmortal”, que, luego de recorrer la Ciudad de los Inmortales, y frente al horror que aquél laberinto absurdo le provoca, olvida gran parte de lo que ha visto y ha vivido en ese lugar que lo aterra:

“Nada más puedo recordar. Ese olvido, ahora insuperable, fue quizá voluntario; quizá las circunstancias de mi evasión fueron tan ingratas que, en algún día no menos olvidado también, he jurado olvidarlas” (1999a: 18)

En palabras de Rodríguez Monegal, esta perspectiva del lado “amable” del olvido representa la huida de lo terrible de la realidad que permea los textos y la personalidad de Borges, quien, dice, “ha sentido la tentación de abolir [como sus personajes] el horrible

³⁰ Citado de: <http://www-personal.umich.edu/~jlawler/dones.html>.

presente, de saltar al día siguiente. Como ellos, ha buscado en el olvido, en la alucinación, en la fantasía, el escape de la dura realidad” (1984: 95). En este sentido, el verso del “Otro poema...” al que aquí se alude remite directamente también a la imagen del río que precede la entrada al Paraíso, del que habla Dante en la *Divina Comedia*; este río, en una de sus direcciones, la del *Leté* (Leté o Leteo), “tiene la virtud de borrar la memoria de los pecados” y, en la otra, la del *Eunoé*, la de “avivar el recuerdo de las buenas obras”, efectos ambos que sólo se cumplen al beber simultáneamente de las dos aguas (Alighieri, 1979: Canto XXVIII, 317 y 318).³¹

Finalmente, otra de las “bondades” del olvido, además de la de la anulación de lo horrible o lo indeseable, es la de la posibilidad que da al hombre de ejercer su imaginación reinventando lo sucedido; dicha reflexión constituye el tema de otro de los cuentos de Borges, “La otra muerte”, en el que el personaje del coronel Tabares olvida la muerte de don Pedro Damián, debida a su cobardía, y reinventa en su memoria una muerte heroica para aquél. Mediante este acto de olvido-reinvención el hombre se aproxima, aunque sea a través de las ficciones de su memoria, a la facultad divina de la creación, pues cambiar el pasado en el recuerdo es modificar a los seres que en él transcurren, es recrear nuevos mundos y seres a voluntad, como lo expresa el narrador de este cuento: “*Dios [...] no puede cambiar el pasado, pero sí las imágenes del pasado [...]*” (1999a: 89).

³¹ En relación a esta imagen, es importante mencionar las numerosas alegorías del tiempo como un río que hay en la obra de Borges, para muestra de lo cual, por razones de espacio, anoto aquí solamente las siguientes dos citas:

*En los minutos de la arena creo
sentir el tiempo cósmico: la historia
que encierra en sus espejos la memoria
o que ha disuelto el mágico Leteo.
 (“El reloj de arena”, 1999b: 68)*

*Mirar el río hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río.
Saber que nos perdemos como el río
y que los rostros pasan como el agua.
 (“Arte poética”, apud. Jurado, 1997: 169)*

Modificar el pasado no es modificar un solo hecho; es anular sus consecuencias, que tienden a ser infinitas. Dicho sea con otras palabras; es crear dos historias universales. (*ibid.*: 91)

Todo lo anterior apunta claramente, entonces, a una interpretación de ese agradecimiento por el olvido que aparece en el “Otro poema...” como una sentencia que, en vez de negar la filosofía sobre el tiempo, la memoria y el olvido que se encuentra en los textos de Borges, confirma la postura desde la cual escribe y reflexiona éste, que mira el mundo y sus fenómenos siempre desde todas las aristas posibles, sin ceñirse a una sola perspectiva maniquea desde la cual comprender y pensar. Así, para Borges, estos tres fenómenos son “terribles”, pero tienen también, como todo, un lado que, a falta de mejor palabra, podría denominarse “positivo” ya que, dentro de su calidad trágica, permiten al hombre ciertas posibilidades de “salvación” frente al horror que son la muerte y la finitud, que persiguen y atormentan la existencia humana. Esa muerte y esa finitud están contenidos en el tiempo, al igual que en la memoria y el olvido, que los expresan; pero, tanto la memoria como el olvido, comprenden también la facultad ficcional del hombre que le permite una cierta forma de paliativo frente a ese horror.

Bibliografía

ALIGHIERI, D. (1979). La Divina Comedia. (Estudio preliminar por Jorge Luis Borges). México: Editorial Cumbre/Grolier International. Decimotercera edición.

BORGES, J. (1999a). El Aleph. Madrid: Alianza (El Libro de Bolsillo, Biblioteca de Autor, Biblioteca Borges, BA 0001). Cuarta reimpresión.

_____ (1999b). El hacedor. Madrid: Alianza (El Libro de Bolsillo, Biblioteca de Autor, Biblioteca Borges, BA 0009). Segunda reimpresión.

_____ (2004a). Ficciones. Madrid: Alianza (El libro de Bolsillo, Biblioteca de Autor, Biblioteca Borges BA 0002). Undécima reimpresión.

_____ (2004b). Historia de la eternidad. Madrid: Alianza (El libro de Bolsillo, Biblioteca de Autor, Biblioteca Borges BA 0005). Novena reimpresión.

_____ (2005). Otras inquisiciones. Buenos Aires: Emecé (Obras Completas de Jorge Luis Borges). Quinta impresión.

ECO, U. (1997). Seis paseos por los bosques narrativos Barcelona: Lumen (colección Umberto Eco, Palabra en el tiempo, no. 241). Segunda edición.

JURADO, A. (1997). Genio y figura de Jorge Luis Borges. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

MEJÍA PRIETO, J. (1996). La sabiduría de Jorge Luis Borges. México: Planeta.

PAULS, A. (2004). El factor Borges. Barcelona: Anagrama (colección Argumentos, no. 320).

RODRÍGUEZ MONEGAL, E. (1984). Borges por él mismo. Barcelona: Laia.

SUCRE, G. (1967). Borges, el poeta. México: UNAM.

Consulta en Internet:

BORGES, J. “Otro poema de los dones”. Apud <http://www-personal.umich.edu/~jlawler/dones.html>